La Germania

Cayo Cornelio Tácito

Del sitio, costumbres y pueblos de la Germania

1. La Germania, en conjunto, está separada de las Galias, Retias y Panonias por el Rhin y el Danubio, y de los Sármatas y Dacos o por los montes, o el miedo que se tienen los unos a los otros. El océano cerca lo demás, abrazando grandísimas islas y golfos, y algunas naciones y reyes, de que con la guerra se ha tenido noticia poco ha. El Rhin, saliendo de lo más alto e inaccesible de los Alpes de la Retia, y habiendo corrido un poco hacia Occidente, vuelve derecho hasta meterse en el Océano Septentrional. El Danubio nace en la cumbre de Abnoba, monte, aunque alto, no áspero, y habiendo pasado por muchas y diferentes tierras, entra en el mar Póntico por seis bocas, que la séptima, antes de llegar a la mar, se pierde en las lagunas.

2. Yo me inclinaría a creer que los germanos tienen su origen en la misma tierra, y que no están mezclados con la venida y hospedaje de otras gentes, porque los que antiguamente querían mudar de habitación, las buscaban por mar y no por tierra, y de nuestro mar van muy pocas veces navíos a aquel grande océano, que, para decirlo así, está opuesto al nuestro. Y, ¿quién quisiera dejar el Asia, África o Italia, y desafiando los peligros de un mar horrible y no conocido, ir a buscar a Germania, tierra sin forma de ello, de áspero cielo, de ruin habitación y triste vista, si no es para los que fuere su patria?

Celebran en versos antiguos -que es sólo el género de anales y memoria que tienen- un dios llamado Tuiston, nacido de la tierra, y su hijo Manno, de los cuales, dicen, tiene principio la nación. Manno dejó tres hijos, de los nombres de los cuales se llaman Ingevones los que habitan cerca del océano, Herminones los que viven la tierra adentro, y los demás Istevones. Bien que otros, con la licencia que da la mucha antigüedad de las cosas, afirman que el dios Manno tuvo más hijos, de cuyos nombres se llamaron así los Marsos, Gambrivios, Suevos, Vandilios, y que éstos son sus verdaderos y antiguos nombres. Que el de Germania es nuevo, y añadido poco ha, porque los primeros que

pasaron el Rhin y echaron a los Galos de sus tierras, se llamaron entonces Tungros, y ahora se llaman Germanos. Y de tal manera fue prevaleciendo el nombre, no de la raza, sino el de este pueblo, que todos los demás, al principio, tomaron el nombre de los vencedores, por el miedo que causaban, y se llamaban Tungros; y después inventaron ellos mismos propio y particular nombre, y se denominaron universalmente Germanos.

3. También cuentan que hubo un Hércules en esta tierra, y al marchar al combate entonan cánticos, celebrándole como el primero entre los hombres de valor. Poseen también ciertos famosos cantos llamados bardito, que les incitan a la lucha y les auguran el resultado de la misma; en efecto, porque, o se hacen temer o tienen miedo, según más o menos bien responde y resuena el escuadrón; y esto es para ellos más indicio de valor que armonía de voces. Desean y procuran con cuidado un son áspero y espantable, poniéndose los escudos delante de la boca, para que, detenida la voz, se hinche y se levante más. Piensan algunos que Ulises, en su larga y fabulosa navegación en que anduvo vagando, llegó a este océano, entró en Germania y fundó en ella la ciudad a que llamó Asciburgio, lugar asentado a la ribera del Rhin, y habitado hoy día; que en tiempos pasados se halló allí un altar consagrado a Ulises, en que también estaba escrito el nombre de Laertes, su padre, y que en los confines de Alemania y Retia se ven hoy día letras griegas en mármoles y sepulcros. Pero no quiero confirmar esto con argumentos, ni menos refutarlo; cada cual crea o no crea -lo que quisiere-, conforme a su ingenio.

4. Yo soy de la opinión de los que entienden que los germanos nunca se juntaron se casamiento con otras naciones, y que así se han conservado puros y sencillos, sin parecerse sino a sí mismos. De donde procede que un número tan grande de gente tienen casi todos la misma disposición y talle, los ojos azules y fieros, los cabellos rubios, los cuerpos grandes, y fuertes solamente para el primer ímpetu. No tienen el mismo sufrimiento en el trabajo y obra de él, no soportan el calor y la sed, pero llevan bien el hambre y el frío, como acostumbrados a la aspereza e inclemencia de tal suelo y cielo.

5. La tierra, aunque hay diferencia en algunas partes, es universalmente sombría por los bosques, y fea y manchada por las lagunas que tiene. Por la parte que mira las provincias de las Galias es más húmeda, y por la que el Nórdico y Panonia, más expuesta a la acción de los vientos. Es fértil de sembrados, aunque no sufre frutales; tiene abundancia de ganados, pero, por lo general, de poco tamaño; ni los bueyes tienen su acostumbrada hermosura, ni la alabanza -que suelen- por su frente. Huélganse de tener mucha cantidad, por ser esas solas sus riquezas y las que más les agradan. No tienen plata ni oro, y no sé si fue benignidad o rigor de los dioses el negárselo. Con todo, no me atrevería a afirmar, no habiéndolo nadie escudriñado, que no hay en Germania venas de plata y oro. Cierto es que no se les da tanto como a nosotros, por la posesión y uso de ello, porque vemos que de algunos vasos de estos metales, que se presentaron a sus embajadores y príncipes, no hacen más caso que si fueran de barro. Bien es verdad que los que viven en nuestras fronteras, a causa del comercio, estiman el oro y la plata, y conocen y escogen algunas monedas de las nuestras; pero los que habitan la tierra adentro tratan más sencillamente, y a la costumbre antigua, trocando unas cosas por otras. Prefieren la moneda antigua y conocida, como son serratos y bigatos, y se inclinan más a la plata que al oro, no por afición particular que la tengan, sino porque el número de las monedas de plata es más acomodado para comprar menudencias y cosas usuales.

6. No tienen hierro en abundancia, como se puede colegir de sus armas. Pocos usan de espadas ni lanzas largas; pero tienen ciertas astas, que ellos llamanframeas, con un hierro angosto y corto, pero tan agudo y tan fácil de manejar, que se puede pelear con ella de lejos y de cerca, según la necesidad. La gente de a caballo se contenta con

escudo y framea; la infantería se sirve también de armas arrojadizas, y trae cada uno muchas, las cuales tiran muy lejos. Andan desnudos, o con un sayo ligero. No son curiosos en su traje. Sólo traen los escudos muy pintados y de muy escogidos colores. Pocos traen lorigas, y apenas se halla uno o dos con casco de metal o de cuero. Los caballos no son bien hechos ni ligeros, ni los enseñan a volver a una mano y a otra y a hacer caracoles, según nuestra usanza; de una carrera derecha, o volviendo a una mano todos en tropa, hacen su efecto con tanto orden que ninguno se queda atrás. Y todo bien considerado, se hallará que sus mayores fuerzas consisten en la infantería; y así, pelean mezclados, respondiendo admirablemente al paso de los caballos la ligereza de los infantes, que se ponen al frente del escuadrón, por ser mancebos escogidos entre todos. Hay número señalado de ellos; de cada pueblo, ciento, y tienen entre los suyos este mismo nombre. Y quedoles por títulos de dignidad y honra, lo que al principio no fue más que número. El escuadrón se compone de escuadras formadas en punta. El retirarse, como sea para volver a acometer, tienen más por ardid y buen consejo que por miedo. Retiran sus muertos, aun cuando está en duda la batalla. El mayor delito y flaqueza entre ellos es dejar el escudo. Y los que han caído en tal ignominia no pueden hallarse presentes a los sacrificios ni juntas, y muchos, habiéndose escapado de la batalla, acabaron su infamia ahorcándose.

7. Eligen sus reyes por la nobleza; pero sus capitanes, por el valor. El poder de los reyes no es absoluto perpetuo. Y los capitanes, si se muestran más prontos y atrevidos, y son los primeros que pelean delante del escuadrón, gobiernan más por el ejemplo que dan de su valor y admiración de esto, que por el imperio ni autoridad del cargo. Por lo demás, el castigar, prender y azotar no se permite sino a los sacerdotes, y no como por pena, ni por mandato del capitán, sino como si lo mandara Dios, que, según ellos, asiste a los que pelean. Llevan a la guerra algunas imágenes o insignias, que sacan de los bosques sagrados, y lo que principalmente los incita a ser valientes y esforzados es que no hacen sus escuadras y compañías de toda suerte de gentes, como se ofrecen acaso, sino de cada familia y parentela aparte. Y al entrar en la batalla tienen cerca sus prendas más queridas, para que puedan oír los alaridos de las mujeres y los gritos de los niños. Estos son los fieles testigos de sus hechos y los que más los alaban y engrandecen. Cuando se ven heridos, van a enseñar las heridas a sus madres y a sus mujeres, y ellas no tienen pavor de contarlas ni de examinarlas con cuidado, y en medio de la batalla les llevan alimentos y consejos.

8. De manera que algunas veces, según ellos cuentan, han restaurado las mujeres batallas ya casi perdidas, haciendo volver los escuadrones que se inclinaban a huir, con la constancia de sus ruegos, con ponerles delante los pechos y representarles el cercano cautiverio que de esto se seguiría, el cual temen con mayor vehemencia por causa de ellas; tanto, que se puede tener mayor confianza de las ciudades, que entre sus rehenes dan algunas doncellas nobles. Porque aun se persuaden de que hay en ellas un no sé qué de santidad y prudencia, y por esto no menosprecian sus consejos ni estiman en poco sus respuestas. Así lo vimos en el imperio de Divo Vespasiano, que algunos tuvieron mucho tiempo a Veleda en lugar de diosa. Y también antiguamente habían venerado a Aurinia y a otras muchas, y esto no por adulación, ni como que ellos las hicieran diosas, sino por tenerlas por tales.

9. Reverencian a Mercurio sobre todos sus dioses, y ciertos días del año tienen por lícito sacrificarle hombres para aplacarle. A Hércules y a Marte hacen, con igual fin, sacrificios de animales permitidos. Parte de los Suevos adora a Isis; de donde les haya venido esta religión extranjera no es cosa averiguada, aunque la estatua de la diosa, que es hecha en forma de nave libúrnica muestra habérsela traído por mar. Piensan que no es decente a la majestad de los dioses tenerlos encerrados entre paredes o darles figura

humana. Consagran muchas selvas y bosques, y de los nombres de los dioses llaman aquellos lugares secretos, que miran solamente con veneración.

10. Observan, como los que más, los agüeros y suertes. El uso de éstas es muy sencillo. Cortan de algún frutal una varilla, la cual, hecha pedazos, y puesta en cada uno cierta señal, la echan, sin mirar cómo, sobre una vestidura blanca. Luego el sacerdote de la ciudad, si es que se trata de negocio público, o el padre de familia, si es de cosa particular, después de haber hecho oración a los dioses, alzando los ojos al cielo, toma tres palillos, de cada vez uno, y hace la interpretación según las señales que de antemano les habían puesto. Si las suertes son contrarias, no tratan más aquel día del negocio, y si son favorables, procuran aún certificarse por agüeros. También saben ellos adivinar por el vuelo y canto de las aves. Mas es particular de esta nación observar las señales de adivinanza, que para resolverse sacan de los caballos. Estos se sustentan a expensas públicas en las mismas selvas y bosques sagrados, todos blancos, y que no han servido en ninguna obra humana, y en cuanto llevan el carro sagrado, los acompaña el sacerdote, y el rey o príncipe de la ciudad, y consideran atentamente sus relinchos y bufidos. Y a ningún agüero dan tanto crédito como a éste; no solamente el pueblo, sino también los nobles y Grandes, y los sacerdotes, los cuales se tienen a sí por ministros de los dioses, y a los caballos por sabedores de la voluntad de ellos. Observan asimismo otro agüero para saber el suceso de las guerras importantes. Procuran coger, como quiera que sea, uno de aquella nación con quien han de hacer guerra, y le hacen entrar en batalla con uno de los más valientes de los suyos, armado cada cual con las armas de su tierra, y según la victoria del uno o del otro, juzgan lo que ha de suceder.

11. Los príncipes resuelven las cosas de menor importancia, y las de mayor se tratan en junta general de todos: pero de manera que aun aquellas de que toca al pueblo el conocimiento, las traten y consideren primero los príncipes. Júntanse a tratar de los negocios públicos -si no sobreviene de repente algún caso no pensado- en ciertos días, como cuando es luna nueva, o cuando es llena, que este tiempo tienen por el más favorable para emprender cualquiera cosa. No cuentan por días, como nosotros, sino por noches. Y en esta forma hacen sus contratos y asignaciones, que parece que la noche guía el día. Tienen esta falta causada de su libertad, que no se juntan todos de una vez, ni como gentes que obedecieran una orden a plazo señalado, y así se suelen gastar dos y tres días aguardando los que han de venir. Siéntanse armados y cada uno como le agrada. Los sacerdotes mandan que se guarde silencio, y todos los obedecen, porque tienen entonces poder de castigar. Luego oyen al rey o al príncipe -que les hace los razonamientos-, según la edad, nobleza o fama de cada uno adquirida en la guerra, o según su elocuencia, teniendo más autoridad de persuadir que poderío de mandar. Si no les agrada lo propuesto, contradícenlo, haciendo estruendo y ruido con la boca; pero si les contenta, menean y sacuden las frameas. Que entre ellos es la más honrada aprobación la que se significa con las armas.

12. Puede cualquiera acusar en la junta a otro, aunque sea de crimen de muerte. Las penas se dan conforme a los delitos. A los traidores y a los que se pasan al enemigo, ahorcan de un árbol, y a los infames que usan mal de su cuerpo, ahogan en una laguna cenagosa, echándoles encima un zarzo de mimbres. La diversidad del castigo tiene respeto a que conviene que las maldades, cuando se castigan, se muestren y manifiesten a todos; pero los pecados que proceden de flaqueza de ánimo, débense esconder aun en la pena de ellos. Por delitos menores suelen condenar a los convencidos de ellos en cierto número de caballos y ovejas, de que la una parte toca al rey o a la ciudad, y la otra al ofendido o a sus deudos. Eligen también en la misma junta los príncipes, que son los que administran justicia en las villas y aldeas. Asisten con cada uno de ellos cien hombres escogidos de la plebe, que les sirven de autoridad y consejo.

13. Siempre están armados cuando tratan alguna cosa, ya sea pública, ya particular; pero ninguno acostumbra traer armas antes que la ciudad le proponga por bastante para ello. Llegado este momento, uno de los principales, o su padre, o algún pariente, le adornan ante la junta con un escudo y una framea. Esta es, entre ellos, la toga y el primer grado de honra de la juventud. Hasta entonces se tienen por parte de la familia; y de allí adelante, de la República.

Eligen algunas veces por príncipes algunos de la juventud, ora por su insigne nobleza, ora por los grandes servicios y merecimientos de sus padres. Y éstos se juntan con los más robustos y que por su valor se han hecho conocer y estimar, y ninguno de ellos se corre de ser camarada de los tales y de que los vean entre ellos; antes hay en la compañía sus grados más y menos honrados por parecer y juicio del que siguen. Los compañeros del príncipe procuran por todos los medios alcanzar el primer lugar cerca de él, y los príncipes ponen todo su cuidado en tener muchos y muy valientes compañeros. El andar siempre rodeados de una cuadrilla de mozos escogidos es su mayor dignidad y son sus fuerzas, que en la paz les sirve de honra; y en la guerra, de ayuda y defensa; y el aventajarse a los demás en número y valor de compañeros, no solamente les da nombre y gloria con su gente, sino también con las ciudades comarcanas, porque éstas procuran su amistad con embajadas y los honran con dones, y muchas veces, con sola la fama acaba la guerra -sin que sea necesario llegar a ellas-.

14. Cuando se viene a dar batalla es deshonra para el príncipe que se le aventaje alguno en valor; y para los compañeros y camaradas, no igualarle en el ánimo. Y si acaso el príncipe queda muerto en la batalla, el que de sus compañeros sale vivo de ella es infame para siempre, porque el principal juramento que hacen es defenderle y guardarle y atribuir también a su gloria sus hechos valerosos. De manera que el príncipe pelea por la victoria; y los compañeros, por el príncipe. Cuando su ciudad está largo tiempo en paz y ociosidad, muchos de los mancebos nobles de ella se van a otras naciones donde saben que hay guerra, porque esta gente aborrece el reposo, y en las ocasiones de mayor peligro se hacen más fácilmente hombres esclarecidos. Y -los príncipes- no pueden sustentar aquel acompañamiento grande que traen, sino con la fuerza y con la guerra, porque de la liberalidad de su príncipe sacan ellos, el uno un buen caballo, y el otro una framea victoriosa y teñida en la sangre enemiga. Y la comida y banquetes grandes, aunque mal ordenados -que les hacen cada día-, les sirven por sueldo. Y esta liberalidad no tienen de qué hacerla, sino con guerra y robos. Y más fácilmente los persuadirán a provocar al enemigo, a peligro de ser muertos o heridos, que a labrar la tierra y esperar la cosecha y sucesos del año. Y aun les parece flojedad y pereza adquirir con sudor lo que se puede alcanzar con sangre.

15. Cuando no tienen guerras, se ocupan mucho en cazas, pero más en ociosidad y en comer y dormir, a que son muy dados. Ningún hombre belicoso y fuerte se inclina al trabajo, sino que dejan el cuidado de sus moradas, hacienda y campos a las mujeres y viejos y a los más débiles de la casa. Ellos, entretanto, se dejan embotar, y es cosa extraordinaria la naturaleza de estos hombres, que tanto aman la inercia, como aborrecen el reposo. Es costumbre en las ciudades que cada vecino dé voluntariamente al príncipe, cada año, algún ganado o parte de sus frutos, y aunque éstos lo tienen por honra, con todo les viene bien para sus necesidades. Estiman mucho los presentes de las gentes comarcanas, los cuales les envían, no solamente los particulares, sino también las ciudades, consisten en caballos escogidos, armas grandes, jaeces y collares; y nosotros también los habemos enseñado a recibir dinero.

16. Cosa sabida es que ninguno de los pueblos de Germania habita en ciudades cercadas, no sufren que sus casas estén arrimadas unas a otras. Viven, divididos y apartados unos de otros, donde más les agrada: o la fuente, o el bosque, o el prado. No

hacen sus aldeas a nuestro modo, juntando y trabando todos los edificios: cada uno cerca su casa con cierto espacio alrededor, o por remedio contra las acciones del fuego, o porque no saben edificar. No usan piedras de construcción, ni tejas, sino que para todo se sirven de informes maderos, y sin procurar con el arte que tengan hermosura, ni que puedan causar deleite. Cubren algunos lugares de una tierra tan pura y resplandeciente que imita la pintura y los colores. También suelen hacer cuevas debajo de tierra, las cuales cubren con mucho estiércol, que les sirven para retirarse en invierno y recoger allí sus frutos, porque los defienden del rigor del frío que con esto se ablanda, y si alguna vez el enemigo entra en la tierra, destruye y lleva lo que haya a mano y no llega a lo que está escondido y debajo de tierra, o por no saber dónde está, o por no detenerse a buscarlo.

17. El vestido de todos ellos es un sayo que cierran con una hebilla, y a falta de ésta, con una espina o cosa semejante, y sin poner otra cosa sobre sí, se están todo el día al fuego. Los más ricos se diferencian en el traje; pero no traen el vestido ancho, como los sármatas y partos, sino estrecho y de manera que descubre la hechura de cada miembro. También traen pellejos de fieras, los que están cerca de la de la ribera del Rhin, sin ningún cuidado en esto; pero los que viven la tierra adentro, con más curiosidad, como quien no tiene otro traje aprendido con el comercio y trato de los nuestros. Escogen las fieras, y las pieles que les quitan adornan con manchas -que les hacen-, y con otras de monstruos marinos que engendra el Océano más septentrional y el mar que no conocemos. Las mujeres usan el mismo hábito que los hombres, sino que sus vestidos, las más veces, son de lienzo, teñidos con labores de púrpura, sin mangas, porque traen descubiertos los brazos y las espaldas y la parte también superior del pecho.

18. Y en todo, se guardan estrechamente entre ellos las leyes del matrimonio, que es lo que, sobre todo, se debe alabar en sus costumbres. Porque entre los bárbaros casi son los únicos que se contentan con una mujer, excepto algunos de los más principales, y es no por apetito desordenado, sino que por su mucha nobleza desean todos por los casamientos emparentar con ellos. La mujer no trae dote; el marido se la da. Y los padres y parientes de ella se hallan presentes y aprueban los dones que la ofrece, y no son cosas buscadas para los deleites y regalos femeniles, ni con qué se componga y atavíe la novia, sino dos bueyes y un caballo enfrenado con un escudo, una framea y una espada. Con estos dones recibe el marido a la mujer, y ella asimismo presenta al marido algunas armas. Este tienen por el vínculo más estrecho que hay entre ellos y por el sacramento y dioses de sus bodas. Todas las cosas en el principio de sus casamientos están avisando a la mujer: que no piense que ha de estar libre, y no participar de los pensamientos de virtud y valor y sucesos de la guerra, sino que entra por compañera de los trabajos y peligros del marido, y que ha de padecer y atreverse a lo mismo que él en paz o en guerra. Esto significan los dos bueyes en un yugo, y el caballo enjaezado, y las armas que la dan: que de esta manera se ha de vivir y morir, y que recibe lo que ha volver bueno y entero, como se lo dieron, a sus hijos; y que es digno de que lo reciban sus nueras, para que otra vez lo den a sus nietos.

19. Su propia castidad las guarda, sin que las pervierta la vista y ocasiones de los espectáculos y fiestas, ni los incentivos de los banquetes. Y no ayuda poco que ni ellas ni los hombres saben leer ni escribir, ni usar del secreto de esto para comunicarse. Hay pocos adulterios, aunque es la gente tanta. El castigo se da luego, y está cometido al marido. Este, después de haberla cortado los cabellos en presencia de los parientes, la echa desnuda de casa, y la va azotando por todo el lugar. Tampoco se perdona a las que proceden mal; la que se hallare en este caso no encontraría marido, aunque fuera hermosa, joven y rica, porque ninguno allí se ríe de los vicios, ni se llama siglo el corromper y ser corrompido. Y aun hacen mejor las ciudades donde solamente se casan

las doncellas, y una vez sola se cumple y pasa con el deseo y esperanza de ser casada; de manera que, como no tienen más de un cuerpo y una vida, así no han de tener más de un marido, para que no tengan más pensamiento -de casarse-, ni más deseo -de ello-, y que no le amen como a marido, sino como a matrimonio. Tiénese por gran pecado entre ellos dejar de engendrar, y contentarse con cierto número de hijos, o matar alguno de ellos. Y pueden allí más las buenas costumbres que en otra parte las buenas leyes.

20. Andan los niños de todas las clases sociales sucios y casi desnudos, y vienen a tener aquellos miembros y cuerpos tan grandes de que nos admiramos. Cada madre cría a sus hijos, les da leche, y no los entregan a esclavas ni amas. Con el mismo regalo se crían los hijos de los esclavos que los del señor, sin que en esto se diferencien los unos de los otros. Viven y andan todos juntos entre el ganado y en la misma tierra hasta que la edad divide los libres de los que no lo son, y la virtud los da a conocer. Llegan tarde a mujeres, y por eso conservan más largo tiempo la flor de la juventud. Tampoco se dan prisa en casar a las hijas. Gozan de la misma juventud, y tienen grandeza de cuerpo semejante a la de los jóvenes; júntanse de una edad, y ambos fuertes, y así los hijos sacan las fuerzas de los padres. A los hijos de la hermana se hace la misma honra en casa del tío que en la de sus padres. Algunos piensan que este parentesco es el más estrecho e inviolable, y cuando han de recibir rehenes, los piden más que a otros, porque les parece que éstos les serán más firmes prendas como más queridos, así en la familia del padre, como en la del tío. Todavía los hijos son herederos y sucesores de los padres, y no hay entre ellos testamento. A falta de hijos, suceden, primeramente, los hermanos; luego, el tío, de parte de padre, y después el de parte de madre. Los viejos, en tanto, tienen más gracia y favor, en cuanto tienen más deudos y mayor número de parientes por afinidad. El no tener hijos no causa respeto ni estimación.

21. Es fuerza tener las mismas enemistades y amistades del padre o pariente; pero no duran sin poderse aplacar; porque todos los agravios, y aun el homicidio, se recompensan con cierto número de ganado, y toda la familia recibe satisfacción; lo cual es muy útil para el bien público, porque las enemistades entre hombres que viven en libertad son más peligrosas.

No hay nación más amiga de convites ni que con mayor gusto reciba los huéspedes. Tiénese por cosa inhumana negar su casa a cualquiera persona. Recíbelos cada uno con los manjares que mejor puede aparejar, según su estado y hacienda. Y cuando no tiene más que darles, el mismo que acaba de ser huésped los lleva y acompaña a casa del vecino, donde, aunque no vengan convidados -que esto no hace al caso-, los acogen con la misma humanidad, sin que se haga diferencia, cuanto al hospedaje, entre el conocido y el que no lo es. Es costumbre entre ellos conceder cualquier cosa que pida el que se parte, y la misma facilidad tienen en pedirle lo que les parece. Huelgan de hacerse dádivas y presentes los unos a los otros; pero ni echan en cara lo que dan, ni se obligan con lo que reciban.

22. Luego, en levantándose de la cama, en que se están casi siempre hasta el día, se lavan, y las más veces con agua caliente, por ser en aquella tierra lo más del tiempo invierno. Después de lavados, se sientan a comer cada uno en su asiento y mesa aparte; y, habiendo comido, se van armados a sus negocios, y de esta manera también muchas veces a los banquetes. No tienen por afrenta gastar el día y la noche bebiendo. Son muy ordinarias las riñas y pendencias, como entre borrachos que pocas veces suelen acabar con palabras, y las más con heridas y muertes. Y también tratan en los banquetes de reconciliarse los enemigos, de haber casamientos, elegir príncipes, y, en fin, muchas veces de las cosas de la paz y de la guerra; como si en ningún otro tiempo estuviera el ánimo más capaz de buenos y sencillos pensamientos, ni más pronto y entendido para grandes empresas. Y esta gente, que de suyo no es astuta ni sagaz, pone de manifiesto

aun hoy los secretos de su pecho con la licencia de las diversiones. De este modo queda al descubierto y como al desnudo la intención de cada cual. Al día siguiente vuelven a tratar las mismas cuestiones, porque se tiene consideración y respeto con ambos tiempos. Proponen y votan cuando no saben fingir, y resuelven y determinan cuando no pueden errar.

23. Hacen una bebida de cebada y trigo, alterada por la fermentación a manera del vino. Los que habitan cerca de la ribera -del Rhin-, compran éste. Sus comidas son simples: manzanas salvajes, venado fresco y leche cuajada. Sin más aparato, curiosidad ni regalos, matan la hambre; pero no usan de la misma templanza contra la sed. Y si se les diese a beber cuanto quisieran, no sería menos fácil vencerlos con la embriaguez que con las armas.

24. Sus fiestas y juegos son siempre unos mismos en cualquiera junta. Algunos mancebos desnudos que tratan de este juego, se arrojan, saltando, entre las espadas y frameas. El ejercicio les ha dado el arte; y el arte, la gracia; pero no lo hacen por ganancia o salario, aunque es precio y paga de aquella su temeraria lozanía el gusto y aplauso de los que lo miran. Es mucho de maravillar que jueguen a los dados cuando no están bebidos, considerándolos como una ocupación seria; y lo hacen con tanta codicia y temeridad en ganar y perder, que cuando les falta qué jugar, la última parada y apuesta es la libertad y el cuerpo. El vencido se hace esclavo de su propia voluntad; y aunque sea más mozo y más robusto, se deja atar y vender; que tanta obstinación tienen en cosa tan mala, que ellos llaman cumplimiento de la palabra empeñada. Truecan de buena gana los esclavos de esta calidad, por librarse también de la vergüenza que causa tal victoria.

25. No se sirven de los demás esclavos como nosotros, empleando a cada uno en su oficio de la casa; dejan a cada uno de ellos vivir aparte y que trabajen para sí. El señor les carga cierta pensión de grano, ganado o vestidos, como haría con un colono, y el esclavo no tiene que obedecerle en más. Los otros oficios de la casa hacen la mujer y los hijos. Pocas veces azotan a los esclavos, ni los ponen en cadena, ni los condenan a trabajar. Suelen matarlos, no por castigo ni severidad, sino cuando los ciega el enojo y la cólera, como pudieran hacerlo con un enemigo; pero sin recibir pena por ello. Los libertos son poco más estimados que los esclavos; pocas veces tienen mando en casa de los amos, y nunca en las ciudades, salvo en aquellas naciones en que mandan reyes. Que allí pueden más que los libres y más que los nobles. En todas las demás, la desigualdad de los libertos sirve para conocer los que son libres.

26. Aquí no se sabe qué cosa es dar y tomar a interés, ni acrecentar el caudal con usuras; y por esto se usa menos que si fuera prohibido. Cada lugar toma tanta tierra para labrar cuanto tiene hombres que la labren, y la reparten después entre sí, conforme a la calidad de cada uno; es fácil la partición por los muchos campos que hay. Mudan cada año de heredades, y siempre les sobra campo; porque no procuran acrecentar la fertilidad y cantidad de la tierra con el trabajo e industria, plantando árboles, cercando prados y regando huertas. Sólo se contentan con que la tierra les dé grano; y así no dividen el año en tantas partes como nosotros. Conocen el invierno, primavera y estío, y saben sus nombres; el del otoño no le saben, ni sus bienes.

27. Ninguna pompa tienen en sus entierros. Sólo que para quemar los cuerpos de los hombres ilustres usan de cierta leña. No echan sobre la hoguera vestidos ni cosas olorosas. Sólo queman con los muertos sus armas: y con algunos, sus caballos. Hacen los sepulcros de céspedes, y menosprecian los monumentos grandes y de mucha obra como enfadosos y pesados a los difuntos. Dejan presto las lágrimas y llanto, y tarde el dolor y tristeza. Tienen por cosa honesta para las mujeres, el llorar; y para los hombres, el acordarse.

Esto es lo que, en general, he sabido del origen y costumbres de los germanos. Ahora diré de los institutos y usos de cada gente de ellos, y en qué se diferencian los unos de los otros, y asimismo las naciones que de Germania pasaron a las provincias de Francia.

28. El divo Julio, príncipe de los autores, escribe que antiguamente la potencia de los galos fue mayor, y por esto es cosa creíble que también ellos pasaron a Germania; porque, ¿cuánto era lo que podía estorbar ni impedir el río para que cada nación, como fuese haciéndose poderosa, no dejase sus tierras y ocupase las ajenas, que aún eran comunes, y no apartadas ni defendidas por la potencia de los reinos? Y así, los helvecios ocuparon la tierra que hay entre la selva Hercinia y el río Meno y el Rhin, y los boyos pasaron más adelante; y ambas naciones son gálicas. Y aun ahora dura el nombre de Boiemo, que es memoria de aquella nación, aunque los que le habitan son ya otros. Es cosa incierta si los araviscos, dividiéndose de los osos, que es nación de Germania, pasaron a Panonia; o si los osos, dejando a los araviscos, vinieron a Germania; porque ambas gentes tienen aun ahora el mismo lenguaje y las mismas ordenanzas y costumbres; y porque viviendo antiguamente con una gran pobreza y libertad, eran unos mismos los bienes y los males de la una y otra ribera. Los treveros y los nervios desean y procuran con grande ambición que su origen sea de Alemania, como si por esta gloria de la casta dejaran de parecerse a los galos en el talle y en la flojedad. Los vangiones, trebocos y nemetes, que habitan la ribera del Rhin, sin duda son germanos. Ni los ubios tampoco, aunque merecieron ser colonia de los romanos, y se llamen de mejor gana agripinenses, del nombre de su fundadora, se avergüenzan de su origen. Que habiendo éstos pasado antiguamente el Rhin, por las muchas pruebas que hubo de su fidelidad, los pusieron sobre la misma ribera, no para ser guardados, sino para que rechazasen al enemigo.

29. Los batavos son los más valerosos de estas naciones. No tienen mucha tierra en la ribera del Rhin, pero ocupan una isla de él. Antiguamente fue pueblo de los catos, y, por las disensiones que hubo entre ellos, pasó a estas tierras, para hacerse en ellas parte del imperio romano. Quédales la honra y el testimonio de la compañía antigua, porque no los tratan con menosprecio con la carga de los tributos, ni los cogedores los molestan y maltratan. Viven libres de cargas y de imposiciones, y solamente, apartados de los demás para el uso de las batallas, se guardan y reservan como armas para las guerras. Este mismo reconocimiento hacen los matiacos. Que la grandeza del pueblo romano llegó a extender la reverencia y respeto del imperio más allá del Rhin y de los términos antiguos. Y así, aunque viven de la otra parte en su ribera y términos, con todo eso se nos inclina su ánimo y voluntad. Y en todo son semejantes a los batavos, salvo que, como gente que goza del suelo y cielo de su tierra, son más animosos y feroces.

No contaré entre los pueblos de Germania los que cultivan los campos decimales, aunque tengan su asiento de la otra parte del Rhin y del Danubio. La gente más liviana -y perdida- de los galos, y a quien daba osadía su pobreza, ocupó estas tierras de dudosa posesión; y como después se alargaron los términos -del imperio-, y los presidios se pasaron más adelante, se hallan ahora en medio de él, y son tenidos por parte de la provincia.

30. Más adelante de éstos habitan los catos, comenzando su asiento desde la selva Hercinia, no en lugares tan llanos ni pantanosos como las otras naciones en que se extiende Germania, sino que hay collados que duran por mucho espacio, y que también van siendo menos poco a poco; todos ellos están dentro de la selva Hercinia, fuera de la cual no poseen nada. Son los de esta nación de cuerpos más robustos, de miembros rehechos, de aspecto feroz y de mayor vigor de ánimo. Tienen mucha industria y astucia para entre germanos; porque dan los cargos a los mejores, obedecen a sus capitanes, guardan sus puestos, conocen las ocasiones, difieren el ímpetu, reparten el día,

fortifícanse de noche, cuentan la fortuna entre las cosas dudosas, y la virtud entre las seguras y ciertas; y, lo que es más raro y sólo concedido a la disciplina romana, hacen más fundamento en el capitán que en el ejército. Toda su fuerza consiste en la infantería, la cual, además de las armas, lleva también su comida y los instrumentos de hierro para las obras militares. Los otros germanos parece que van a dar batalla; los catos, a hacer guerra. Hacen pocas correrías y escaramuzas y peleas casuales. Esto es propio de la caballería: hacer presto su efecto y retirarse presto. La prisa anda cerca del temor; y la dilación, de la constancia.

31. Lo que entre las otras naciones de Germania se hace pocas veces, y eso por la osadía de algunos, entre los catos está ya introducido por común consentimiento de todos, que los mancebos dejen crecer el cabello y la barba, y que no se quiten aquella figura de la cara y cabeza como voto y obligación que hacen al Valor, si no es habiendo muerto algún enemigo. Sobre la sangre y despojos del enemigo descubren la frente, y dicen que entonces han satisfecho a la obligación de haber nacido, y que son dignos de su patria y de sus padres. Los flojos, flacos y cobardes, y que son inútiles para la guerra, quedan siempre con aquella suciedad. Los más valientes traen también un anillo de hierro -que es cosa afrentosa para aquella gente- como por prisión, hasta desatarse de ella con haber muerto algún enemigo. Son muchos los catos que gustan de este traje, y con esta insignia llegan a encanecer, y son mirados y respetados de los enemigos y de los suyos. Estos son siempre los que comienzan las batallas. De éstos se forma siempre el primer escuadrón nuevo en la vista, porque ni aun en tiempo de paz se les quita ni disminuye aquel aspecto horrible y espantoso. Ninguno de ellos tiene casa o heredad, ni cuidan de ello; dondequiera que llegan, los reciben y sustentan, pródigos de los bienes ajenos y despreciadores de los propios, hasta que con la vejez pierden la sangre, y con ella se reducen a estado de no poder llevar tan áspera y rigurosa virtud.

32. Tras los catos están los usipios, y los tencteros a la ribera del Rhin, donde ya lleva tanto caudal, que puede servir de término. Los tencteros, demás de la reputación que han alcanzado en la guerra, tienen grande ventaja en la caballería, la cual no es menos estimada que la infantería de los catos. Sus antepasados los instituyeron, y los descendientes los imitan. Estos son los juegos de los niños, las competencias de los mancebos, en que perseveran aun después de viejos. Danse los caballos por parte de la herencia; pero no como las demás cosas al hijo mayor, sino al que se muestra feroz y mejor para la guerra.

33. Tras los tencteros se seguían antiguamente los bructeros, cuyas tierras se dice que ocupan ahora los camavos y angrivarios, habiendo echado de ellas, y destruido totalmente, a los bructeros con consentimiento de las naciones comarcanas, o por el odio que les tenían por su soberbia, o por codicia de la presa, o por favor particular que nos han querido hacer los dioses. Porque aun no nos negaron el espectáculo de la batalla, en que murieron sesenta mil de ellos sin que interviniesen las armas de los romanos, sino para gusto y recreación de nuestros ojos, que es cosa más magnífica y gloriosa. Plegue a los dioses, si estas gentes no nos han de amar, que haya entre ellos siempre grandes aborrecimientos, pues que, declinando los hados del Imperio, ninguna cosa mayor nos puede dar la fortuna que discordias entre los enemigos.

34. Los dulgubnios y casuarios, con otras naciones no tan nombradas, cierran por las espaldas a los angrivarios y camavos, y por la frente los reciben los frisones, que se llaman mayores y menores, según son más o menos poderosos. Estas dos naciones se van extendiendo junto al Rhin hasta el Océano, y rodean también grandísimos lagos por donde han navegado armas romanas. Y también por aquella parte tentamos con la navegación el mismo Océano, y la fama publicó que aún subsistían las columnas de Hércules, sea que el héroe llegara a aquellas partes, o que todas las cosas grandes, de

común acuerdo, las atribuimos a su gloria. No faltó osadía a Druso Germánico para averiguarlo; pero el Océano se opuso a que se inquiriesen sus cosas y las de Hércules. De entonces acá ninguno lo intentó, pareciendo más religioso y conforme a la reverenda que debemos a los dioses creer sus obras, que querer saberlas.

35. Hasta aquí tuvimos conocimiento de Alemania por el Occidente. Hacia el Septentrión hace una grande vuelta. Desde los frisios comienzan luego los chaucos, que ocupan mucha costa del mar, y se van extendiendo al lado de todas las naciones que he nombrado, hasta que revuelven hacia los catos. Y no sólo son señores los chaucos de tan grande espacio de tierras, sino que las llenan. Este es un pueblo el más noble de toda Alemania, y que prefiere conservar su grandeza más con justicia, que con fuerza; viven quietos y retirados, sin codicia y sin mal apetito; no buscan guerras, ni hacen robos ni latrocinios. Y el mayor argumento de su virtud y fuerza es que, para ser superiores a todos, no hacen agravio a ninguno. Verdad es que tienen siempre todos prontas las armas, y que en caso necesario pueden armar ejército, porque poseen gran cantidad de hombres y de caballos. Y cuando están sosegados, tienen la misma fama que en la guerra.

36. Al lado de los chaucos y de los catos habitaban los cheruscos, los cuales, no acometiéndolos nadie, gozaron largo tiempo de una demasiada paz que los fue marchitando. Y esto les fue más gustoso que seguro. Porque el estar sosegados entre vecinos poderosos e insolentes, es sosiego falso; donde se procede por armas, la bondad y modestia son los nombres del vencedor. Y así los cheruscos, que antiguamente eran llamados buenos y justos, son tenidos ahora por necios, flojos y cobardes; en cambio, la fortuna de los catos, que los sujetaron, pasó por sabiduría. La ruina de los cheruscos llevó tras sí a los fosos, sus vecinos, y vinieron a ser igualmente compañeros suyos en las adversidades, habiendo sido menores en las prosperidades.

37. Los cimbros están en aquel mismo seno de Alemania cercanos al Océano, y es ahora ciudad pequeña, pero de grande nombre. Y vense grandes rastros de su antigua fama; en ambas riberas hay ruinas de alojamientos y espacios de ellos, por cuyo circuito se podría medir, aun hoy, la grandeza y multitud de su gente, y creer en lo verosímil de tan gran emigración. Corría el año 640 de la fundación de nuestra ciudad, cuando se oyó hablar la primera vez de las armas de los cimbros, siendo cónsules Cecilio Metelo y Papirio Carbon. Y si desde entonces contamos hasta el segundo consulado de Trajano, hallaremos casi doscientos diez años, y tantos ha que vamos conquistando a Germania. En medio de tan largo siglo, ha habido grandes daños de una parte y de otra. Ni los samnites, ni los cartagineses, ni las provincias de España, ni las de Galia, ni aun los partos, no nos dieron más avisos de su poder, porque más dura cosa es vencer la libertad de los germanos, que el reino de Arsaces. Pues, ¿con qué otra cosa nos puede dar en rostro el Oriente abatido por Ventidio, sino con la muerte de Craso, habiendo también él perdido a Pacoro a manos del mismo Ventidio? En cambio, los germanos, habiendo preso o desbaratado a Carbon, y Casio y Scauro Aurelio, y Servilio Cepion, quitaron juntamente cinco ejércitos consulares al pueblo romano, y arrebataron también a Augusto a Varo y tres legiones. Y no los maltrataron, y vencieron sin recibir daño Cayo Mario en Italia, el divo Julio en Francia, y Druso, Nerón y Germánico en sus propias tierras; después de esto, se convirtieron en burla y escarnio las grandes amenazas de Cayo César. Desde entonces hubo ociosidad, y no se movieron hasta que con la ocasión de nuestra discordia y de las guerras civiles, habiendo ganado los alojamientos donde invernaban las legiones, desearon y procuraron también sujetar las provincias de Francia, de donde después fueron echados. Y poco tiempo ha se triunfó de ellos sin haberlos vencido.

38. Ahora hemos de decir de los suevos, los cuales no son una gente sola, como los catos o los tencteros, sino muchas y diferentes naciones, y con propios nombres cada una, aunque en común se llaman suevos: ocupan la mayor parte de Germania. La insignia de esta gente es echarse atrás el cabello y atarle con un nudo. Con esto se diferencian los suevos de los demás germanos; y los libres de ellos, de los esclavos. Entre las otras naciones se usa poco esto, a no ser alguna que, o han emparentado con los suevos, o quieren imitarlos como se suele; pero ninguno lo hace pasados los años de la mocedad. Los suevos, aun después de canos, retuercen el cabello que causa horror, y muchas veces le atan solamente en lo alto de la cabeza. Los príncipes le traen con más curiosidad, y este cuidado tienen de la compostura de su rostro; pero sin mala intención ni culpa, porque no se adornan de esta manera para amar o ser amados, sino que, habiendo de ir a las batallas, piensan que con traer el cabello en esta forma, han de causar terror al enemigo cuando pusiere los ojos en ellos.

39. Los semnones dicen que son ellos los más antiguos y más nobles de los suevos, y confírmase la fe de su antigüedad con una ceremonia religiosa. En cierto tiempo del año se juntan todos los pueblos de aquella nación por sus embajadores en un bosque consagrado de sus antepasados con supersticiones y agüeros, y, matando públicamente un hombre, celebran los horribles principios de su bárbaro rito. Reverencian asimismo este bosque sagrado con otra ceremonia. Que ninguno entra en él sino atado como inferior, y mostrando y confesando en eso la potestad de Dios. Y si acaso cae, no le es lícito levantarse, y se ha de ir revolcando por el suelo. Y toda esta superstición se endereza a mostrar que allí ha tenido origen su gente; que Dios, señor de todos, habita allí, y que todas las demás cosas están sujetas y obedientes. Añade autoridad a esto la multitud de los semnones, porque habitan cien ciudades, y por su grandeza se tienen por cabeza de los suevos.

40. Por el contrario, ennoblece a los longobardos su poco número; rodeados de muchas y muy belicosas naciones, se conservan y están seguros, no con sumisión y obediencia, sino con batallas y peligros. Los reudignos, aviones, anglos, varinos, eudoses, suardones y nuitones, están cercados y amparados de ríos y de bosques. Ninguno de ellos tiene otra cosa notable que el adorar en común a Nerto, que significa la Madre tierra, la cual piensan que interviene en las cosas y negocios de los hombres, y que entra y anda en los pueblos. En una isla del Océano hay un bosque llamado Casto, y dentro de él un carro consagrado cubierto con una vestidura; no es permitido tocarle sino a un sacerdote. Este conoce cuándo la diosa está en aquel recinto secreto, y con mucha reverenda va siguiendo el carro, del que tiran vacas. Son días alegres y regocijados, y lugares de fiesta, todos aquellos donde tiene por bien llegar y hospedarse. Y no tratan de cosas de guerra, ni toman las armas; todo género de ellas está encerrado; solamente se conoce y ama la paz y quietud, hasta que el mismo sacerdote vuelve la diosa a su templo, harta y cansada de la conversación de los hombres. Luego se lava en un lago secreto el carro y la vestidura, y la misma diosa, si así lo quisieres creer. A los esclavos que sirven en esto, se los traga el mismo lago. De aquí les viene a todos un oculto terror, y una santa ignorancia de lo que pueda ser aquello que ven solamente los que han de perecer.

41. Y esta es la parte de los suevos, que se extiende más adentro de Alemania. La más cercana ciudad -para seguir ahora el Danubio, como antes seguí el Rhin- es la de los hermunduros, gente fiel a los romanos; y por eso ellos solos entre les germanos negocian y tratan no solamente en la ribera, sino más adentro, y hasta en la insigne y famosa colonia de la provincia de Retia. Pasan por todas partes sin llevar guarda. Y siendo así que a las otras naciones enseñamos solamente nuestras armas y campamentos, a éstos abrimos nuestras casas y heredades, que no las codician. En el

país de los hermunduros nace el Elba, río famoso y conocido en otro tiempo; hoy lo es sólo de nombre.

42. Junto a los hermunduros habitan los nariscos, y luego los marcomanos y los cuados. La principal gloria y fuerzas son las de los marcomanos, y ganaron con su valor la misma tierra que poseen, echando de ella a los boyos; pero no degeneran de ellos los nariscos y los cuados. Esta es la frontera de Germania por la parte que la ciñe el Danubio. Los marcomanos y cuados tuvieron hasta el tiempo de nuestra memoria, reyes de su misma gente. Fue noble entre ellos el linaje de Maroboduo y Tudro. Ahora sufren ya imperio de extranjeros; pero la fuerza y poder de sus reyes depende de la autoridad romana. Pocas veces los ayudamos con nuestras armas, y muchas más con dinero; pero no por eso son menos poderosos.

43. Los marsignos, cotinos, osos y burios cierran por la espalda los marcomanos y cuados. De los cuales, los marsignos y burios revelan su origen suevo en el traje y lengua. Los cotinos, por la lengua gálica que hablan, y los osos, por la panónica muestran no ser germanos, y también porque sufren tributos; parte de ellos se los imponen los sármatas, y parte los cuados, como a extranjeros. Los cotinos, aun por avergonzarlos más, trabajan en las minas de hierro. Tienen todos estos pueblos poca tierra llana, pero hicieron asiento en bosques y en las cumbres de los montes; porque éstos se continúan hasta el fin de la Suevia, y la dividen por medio. De la otra parte de estas montañas viven otras muchas gentes, entre las cuales la de los lugios es la de mayor nombre y la que se extiende por más ciudades. De que bastará referir las más poderosas, que son los arios, helveconas, manimos, elisios, naharvalos. En la tierra de los naharvalos hay un bosque del antiguo culto a cargo de un sacerdote que anda con vestido femenil. Los dioses de él, según la interpretación romana, dicen ser Cástor y Pólux, y el nombre de aquella deidad es Alcis. No tienen ningunas imágenes suyas, ni hay rastros algunos de superstición extranjera; pero son adorados como hermanos y como mozos. Y los arios, además de aventajarse en fuerzas a los pueblos que hemos nombrado poco ha, siendo feroces, ayudan su fiereza natural con el arte y con el tiempo. Traen los escudos negros y los cuerpos teñidos, y escogen las noches más oscuras para las batallas; y con el mismo terror y figura de este ejército funeral, causan espanto, no pudiendo ninguno de los enemigos sufrir aquella vista nueva y como infernal. Porque los ojos son los primeros que se vencen en las batallas.

Tras los lugios siguen los gotones, a quien mandan reyes, y aunque están algo más sujetos que las demás naciones de Germania, no les han quitado aún del todo la libertad. En la costa del Océano habitan los rugios y lemovios; todas estas gentes se distinguen por sus escudos redondos, sus espadas cortas y su obediencia a los reyes.

44. Y luego en el mismo Océano tienen sus ciudades los suyones, gente poderosa en soldados y armadas. Sus navíos se diferencian de los nuestros en que tienen proa por ambas partes, para poder por cualquiera llegar a abordar y a tierra. No usan de velas, ni llevan los remos atados por los costados, sino sueltos y libres, como en algunos ríos, para poderlos mudar al lado que fuese menester. También entre ellos tienen honra y estimación las riquezas; y por esto los manda uno solo, no por permisión suya y por el tiempo que les parece, sino con absoluto poder, sin excepción alguna. Y no se les permite, como a los demás germanos, el uso de las armas indiferentemente, sino que están cerradas y con guarda, y éste, esclavo. Porque el Océano prohíbe las entradas y acometimientos repentinos de enemigos; y verdaderamente los hombres con armas en las manos estando ocioso, fácilmente se dan al vicio y causan desórdenes. Y no es provechoso para los reyes entregar la guarda de las armas al noble ni al libre, ni aun al liberto.

45. Más allá de los suyones hay otro mar perezoso y casi inmóvil; se cree que es el que cerca y ciñe la redondez de la tierra, porque después de puesto el sol se ve siempre aquel resplandor que deja hasta que vuelve a nacer, de manera que oscurece las estrellas. Y también hay opinión que se oye el ruido que el sol hace al emerger del Océano, y que se ven las figuras de los caballos y los rayos de la cabeza; y es la fama que hay y verdadera, que hasta allí y no más llega la naturaleza. En la costa del mar suévico, a mano derecha, habitan los estios, los cuales tienen los ritos y hábitos de los suevos, y en la lengua se parecen más a la de los britanos. Adoran a la madre de los dioses. Y por insignia de su superstición traen unas figuras de jabalíes. Y esto a los que reverencian la diosa sirve de armas y de seguridad y defensa, aun entre los enemigos. Usan poco de hierro y mucho de bastones. Trabajan más y con más cuidado y sufrimiento en cultivar la tierra y sembrar granos y otros frutos, que lo que acostumbra la pereza de los demás germanos. Navegan también por el mar, escudriñando sus secretos. Y ellos solos cogen en los bajíos y en la misma costa, el ámbar amarillo, que llaman gleso. Pero como son bárbaros, nunca han procurado saber ni hallado lo que es ni cómo se engendra. Y aun mucho tiempo lo solían dejar entre las otras inmundicias que la mar echa, hasta que nuestro apetito y superfluidad le puso nombre y estimación. Ellos no lo usan; cógenle tosco, y nos lo traen sin darle otra figura ni forma, y maravíllanse del precio que reciben por él. Pero bien se puede entender que es licor de algún árbol; porque muchas veces se echan de ver en medio de él algunos animalejos y avecillas que, habiéndosele pegado, se quedan después allí encerrados, cuando se endurece la materia. Yo creería que, como en algunas partes secretas del Oriente se producen el incienso y el bálsamo, así también haya árboles más fértiles en las selvas y bosques de las islas y tierra firme del Occidente, cuyos licores, secados por los rayos del sol que tienen cerca, vienen a caer en la mar junto a ellos, de donde las tempestades los echan en las otras costas que están enfrente. Si se aprueba la naturaleza del ámbar pegándole fuego, hallaremos que se enciende como tea, y hace una llama grasa y olorosa, y después se ablanda y derrite, quedando como pez o resina.

Confinan con los suyones la nación de los sitones, los cuales se les parecen en todo lo demás, y sólo se diferencian en que los señorea una mujer, que tanto como esto degeneran, no solamente de la libertad, sino de la servidumbre misma.

46. Aquí es el fin de la Suevia. Estoy en duda si pondré las naciones de los peucinos, venedos y fennos entre los sármatas o entre los germanos, aunque los peucinos, a que algunos llaman bastarnas, viven como los germanos en la lengua y hábito, y asiento y casas. La suciedad y entorpecimiento es común a todos. Y habiendo los principales de ellos emparentado con los sármatas, se han corrompido algo, haciéndose a su manera de vida. Los venedos han tomado mucho de sus costumbres, porque, como salteadores, corren todos los montes y sierras que hay entre los peucinos y los fennos. Pero con todo eso se cuentan éstos más por alemanes, porque tienen moradas fijas, usan escudos, se huelgan de caminar a pie y son ágiles; todo lo cual es diferente en los sármatas, que viven en carros y andan a caballo. Los fennos tienen una horrible fiereza y una pobreza cruel. No tienen armas, ni caballos, ni casas; susténtase con hierba, vístense de pieles, y la tierra les sirve de cama. Consiste toda su esperanza en las flechas, las cuales, a falta de hierro, arman con huesos. Los hombres y mujeres se sustentan de la caza; ellas de ordinario los acompañan y les piden parte de ella. Los niños no tienen otro refugio ni acogida contra el agua y las fieras, sino algunas cabañas que tejen con ramas y con las cuales se cubren; a ellas se vuelven los mozos y a ellas se recogen los viejos. Y les parece esto mayor felicidad que cansarse y gemir labrando los campos y fabricando casas, y traer entre la esperanza y el miedo los bienes propios y ajenos. Y viviendo seguros para con los hombres, y seguros para con los dioses, han alcanzado una cosa

dificultosísima: el no tener siquiera necesidad del deseo. Lo demás que se cuenta de la tierra y la gente que habita más allá de las que he dicho, todo es fabuloso; como decir que los helusios y oxionas tienen las cabezas de hombres y los cuerpos y miembros de fieras. Y así dejaré de tratar de esto, como cosa que no está averiguada.